

El pasado en el péndulo de la política

Alejandro Eujanian

EL PASADO EN EL PÉNDULO
DE LA POLÍTICA

ROSAS, LA PROVINCIA Y LA NACIÓN EN EL
DEBATE POLÍTICO DE BUENOS AIRES, 1852-1861

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Bernal, 2015

Colección La ideología argentina y latinoamericana
Dirigida por Jorge Myers

Eujanian, Alejandro

El pasado en el péndulo de la política: Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861 / Alejandro Eujanian. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015. 312 p.; 23 x 15 cm. - (La ideología argentina y latinoamericana / Myers, Jorge)

ISBN 978-987-558-369-6

1. Historia Argentina. 2. Historia de América Siglo XIX. 3. Historia de la Provincia de Buenos Aires . I. Título.
CDD 982

Ilustración de tapa: detalle de *Alegoría argentina*,
Juan Manuel Blanes, óleo sobre tela.

Diseño: Hernán Morfese

© Alejandro Eujanian, 2015
© Universidad Nacional de Quilmes. 2015

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-369-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Introducción	13
Primera parte	
La revolución del 11 de septiembre. El pasado y el futuro de una tradición política	23
Capítulo I. Vaivenes en la opinión pública porteña	31
Capítulo II. Volver a escribir el pasado reciente	57
Capítulo III. Identidad porteña y tradiciones políticas	87
Segunda parte	
Recordar, olvidar, encubrir: políticas del pasado en los juicios a la “tiranía”	111
Capítulo IV. Los juicios a la Mazorca y la política porteña después del 11 de septiembre	119
Capítulo V. Representaciones del rosismo en la cultura porteña	141
Capítulo VI. El juicio a Juan Manuel de Rosas y sus contextos	155
Capítulo VII. La Legislatura como espacio de negociación de los recuerdos	179
Tercera parte	
La tesis de la preexistencia de la nación y sus contextos	219
Capítulo VIII. Buenos Aires y la nación en dos debates legislativos	225
Capítulo IX. Los contextos de elaboración de la <i>Historia de Belgrano</i>	257
Reflexiones finales	285
Fuentes y bibliografía	293

A mis padres

AGRADECIMIENTOS

Tanto las preguntas como el tipo de problemas que abordé en este libro se fueron construyendo a lo largo del tiempo en dos espacios que para mí han sido de gran estímulo. En primer lugar, la cátedra Corrientes Historiográficas Latinoamericanas y Argentinas en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Las clases que allí dicté sirvieron de escenario en el que fueron tomando forma estos temas, donde algunas hipótesis fueron puestas a revisión y sometidas a prueba, junto con los alumnos que soportaron mis obsesiones. En segundo lugar, las reuniones que en el marco de diversas jornadas académicas organizamos junto a Alejandro Cattaruzza sobre cuestiones relativas a los usos del pasado en la Argentina. Fueron muchos los que han participado, pero quiero recordar por su afecto y sus observaciones críticas a colegas con los que regularmente nos hemos encontrado en esos espacios: Nora Pagano, Marta Rodríguez, Julio Stortini, Ximena Espeche, María Élide Blasco, entre tantos otros.

Una mención especial para Marta Bonaudo por su apoyo. Ha sido para mí como maestra un modelo de generosidad intelectual y como colega una aguda lectora de mis trabajos. Ella fue la directora de mi tesis doctoral de 2011, y en aquella ocasión el jurado compuesto por Ezequiel Gallo, Hilda Sabato y Marcela Ternavasio me hizo valiosas sugerencias que intenté recuperar en la versión definitiva.

Partes de este libro han sido discutidas en distintos encuentros de los que recogí comentarios e indicaciones. Por ello, mi agradecimiento a Ana Clarisa Agüero, Diego García y Gustavo Sorá por su invitación a exponer ante los miembros del programa “Cultura escrita, mundo impreso, campo intelectual”, de la Universidad Nacional de Córdoba; por el mismo motivo a Adrián Gorelik, Anahi Ballent, Alejandra Laera, Fernando Rodríguez, Analia Rey, Graciela Silvestri, Gabriela Batticuore, Hugo Vezzetti, Martín Bergel, Flavia Fiorucci, Ricardo Martínez Mazzola y Elías Palti, del Seminario de Historia Intelectual “Oscar Terán”; y a Marcela Ternavasio, Elsa Caula, Ignacio Martínez, Ana Wilde, Julián Ferroni, Irina Polastrelli, Micaela Miralles, Ernesto Tschopp, Julia Blanco y Gabriela Couselo, mis compañeros en el

programa “Argentina, 200 años”, de Rosario. Finalmente a Flavia Macías y Fabio Wasserman, con quienes organizamos una mesa durante las Jornadas Interescuelas del año 2013 en Mendoza, en las que tuve la oportunidad de discutir aspectos vinculados a la década de 1850. Mi agradecimiento a ellos y a todos los que participaron e intervinieron en cada una de esas reuniones con aportes que sin duda mejoraron mi trabajo.

A Jorge Myers, por incluir mi texto en su valiosa colección, y a los responsables de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes por haber aceptado transformarlo en un libro.

A Judith Podlubne y Alberto Giordano, que colaboraron en más de un sentido con mi trabajo. A mis hijas, Camila y Morena, que se ocuparon de la lectura final.

A Elsa, que me acompañó en cada paso, siempre positiva, siempre alegre. Su aliento me brindó sin duda la posibilidad de llevar a cabo esta tarea. Fue ella quien primero leyó los borradores y con quien discutí la mayor parte de las ideas que orientaron este libro.

INTRODUCCIÓN

1

Hace algunos años, le preguntaron en una entrevista al cineasta Eric Rohmer por qué no usaba *flashbacks* en sus películas. Respondió que el cine solo podía representar el presente y que, por eso, prefería visualizar el pasado desde el presente de los personajes. La cámara –sostenía Rohmer– debe tomar la imagen del presente y desde la perspectiva de los personajes percibir el pasado. Hacer visible lo invisible, porque: “El pasado no se puede ver y, para mí, tampoco se puede filmar”.¹

Lejos del debate sobre las posibilidades del historiador de reconstruir el pasado tal como sucedió,² en tanto que solo puede acceder a él a través de sus fragmentos textualizados, lo que nos interesa del planteo de Rohmer es su distinción entre la técnica de *flashbacks*, que provoca en el espectador la idea de estar accediendo al pasado tal como fue vivido, y el pasado visto desde la

¹ “Este es un debate que el cine vivió en los años sesenta, en la época de Resnais y Robbe-Grillet, con películas como *El año pasado en Marienbad*, donde había una mezcla del presente con el pasado. Yo estaba en contra. Creo que la imagen cinematográfica debe estar siempre en presente y que no se puede confundir una imagen real con una imagen virtual que solo existe en la mente. No se pueden confundir imaginación y percepción. La imagen del cine es el presente, porque la cámara no puede examinar los detalles que uno no ve. Desde el punto de vista filosófico, soy contrario a la expresión del pasado en el cine. Me interesa mucho más tratar de visualizar lo invisible a través de lo visible que tratar en vano de visualizar lo invisible. El pasado no se puede ver y, para mí, tampoco se puede filmar”. Heredero, Carlos F., “Me parece más interesante plantear preguntas que ofrecer respuestas” (entrevista a Eric Rohmer), *Dirigido por...*, N° 339, Barcelona, noviembre, 2004, pp. 38-43.

² Para una actualización de este siempre vigente debate, véanse de White, Hayden, *Metahistoria*, México, Siglo XXI, 1992; “El texto historiográfico como artefacto literario”, *Historia y Grafía*, N° 2, México, UIA, 1994 y “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier”, *Historia y Grafía*, N° 4, México, UIA, 1995; Ricoeur, Paul, “La realidad del pasado histórico”, *Historia y Grafía*, N° 4, México, UIA, 1995; De Certeau, Michel, “La operación historiográfica”, *La escritura de la historia*, México, FCE, 1994; Chartier, Roger, “Cuatro preguntas a Hayden White”, *Historia y Grafía*, N° 3, México, UIA, 1994.

perspectiva de los actores como sujetos, que en el mismo acto en el que narran su historia le otorgan sentido al ordenar su propia experiencia.³

Hay momentos en los que el tiempo histórico se acelera y el pasado se convierte en el objeto de una lucha por otorgarle sentido; y también en un instrumento de esa lucha política, que se desarrolla en el presente y se orienta hacia el futuro. En el caso de Hispanoamérica y en particular de la Argentina en los siglos XIX y XX, en diferentes circunstancias muchos hombres públicos tuvieron la impresión de que se estaban operando cambios demasiado acelerados que afectaban las condiciones de existencia a las que ellos se habían aferrado. Eso provocó una sensación de incertidumbre respecto del futuro, que se pretendió controlar por medio de operaciones destinadas a otorgarle cierta previsibilidad. La historia no fue ni es el único instrumento para lograr ese objetivo, pero sí fue durante mucho tiempo uno de los privilegiados, sobre todo en sociedades que entendían que todo relato que estableciera una idea de continuidad en el eje pasado-presente-futuro cumplía con los requisitos de verosimilitud requeridos para intervenir en un debate que tuviera como finalidad formular un diagnóstico sobre el estado de la sociedad y una perspectiva sobre su futuro.

En este sentido, la expresión según la cual el XIX fue el siglo de la historia es sin duda adecuada, porque el oficio del historiador se fue transformando en una profesión y la literatura histórica adquirió lentamente el rango de una disciplina científica. También porque era inevitable en ese contexto que cualquier disputa política incluyera una argumentación histórica que legitimara tanto la posición que se sostenía sobre el tema que se trataba, como la legitimidad de quien intervenía en la polémica y la de los intereses que defendía e intentaba promover como expresión de una racionalidad histórica.

Los debates legislativos que analizamos, producidos en Buenos Aires durante la década de 1850, nos permiten estudiar el proceso de construcción de argumentaciones que elaboran relaciones pasado-presente y dan origen, en esbozo, a una narrativa histórica que es resultado de un diálogo propio del ideal habermasiano.⁴ Definición de esfera pública de la que no nos interesa su derivación ético-política, sino su condición de espacio en el que participan actores que se reconocen iguales entre sí; que comparten, aceptan

³ Hacemos referencia a la relación entre lenguaje y experiencia según como la ha planteado Reinhart Koselleck en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, "Historia conceptual e historia social", pp. 105-126.

⁴ Al respecto véase Sabato, Hilda, "Ciudadanía, participación política y la formación de una esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880", *Entrepasados. Revista de Historia*, año IV, N° 6, Buenos Aires, 1994. Acerca de la relación entre el surgimiento de la opinión pública y de las instituciones que constituyeron al público como instancia de crítica estética ajena al poder político, pero también a la mayoría, véase Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 35.

y a la vez formulan un conjunto de normas que son reconocidas por ellos como legítimas; y que participan de una disputa en la que se entrecruzan y producen imágenes, lenguajes, conductas y sensibilidades.

De este modo, pretendemos reinstalar los relatos sobre el pasado en las situaciones en las que fueron elaborados para responder a demandas concretas y, por lo tanto, desprovistos de los significados que se les atribuyeron posteriormente. No se trata de clarificar el significado de los conceptos en contextos semánticos precisos, como en algunos casos ha tendido a hacer la historia de los conceptos al abusar del uso del diccionario. Conocer los significados posibles de un concepto, en un momento dado, es un punto de partida indispensable, pero lo específicamente histórico no es confrontar esos significados para aclarar malentendidos, porque eso significaría anular lo político del lenguaje.

El análisis de los debates nos permite observar cómo la utilización de determinados conceptos fue cambiando en distintas situaciones, no solo porque las personas involucradas le atribuyeron diferentes significados sino porque las mismas personas emplearon las palabras en contextos diversos para responder a distintas necesidades. Por otro lado, las polémicas producidas en la Legislatura nos sirven para advertir cómo se fueron construyendo determinadas interpretaciones del pasado que formaban parte de la elaboración de argumentos con los que se pretendía intervenir en cuestiones particularmente conflictivas. En este sentido, nuevamente, no es nuestra intención confrontar tales interpretaciones con lo que verdaderamente sucedió, sino ver de qué modo, a través de qué procedimientos, los hombres tramaron relatos del pasado para responder a situaciones concretas en contextos específicos.

2

En mis trabajos anteriores, el interés estuvo centrado en el proceso a través del cual, en el caso de la Argentina, las polémicas sobre el pasado se inscribían en una etapa de disciplinamiento del discurso histórico, aun antes de que se comenzaran a organizar los espacios institucionales de consagración y legitimación de la labor profesional, entre el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX.⁵ Una de nuestras hipótesis era que, en ese vacío institucional, la disputa por la autoridad para hablar legítimamente sobre el pasado estuvo asociada a operaciones destinadas a establecer criterios de diferenciación y jerarquización dentro del conjunto de la producción intelectual de la época. En el marco de este proceso, decíamos, se comenzó a desmontar

⁵ Una versión sobre estas preocupaciones puede verse en los artículos reunidos en Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

un terreno y a trazar una frontera en la que el manejo del método, la objetividad y un estilo de escritura se transformaron en criterios para empezar a definir las líneas de un espacio propio: el de los historiadores profesionales.

A lo largo de este período, el proceso de disciplinamiento creó un conjunto de mediaciones entre la sociedad y los especialistas que contribuyeron a distanciar entre sí ambas esferas. Al mismo tiempo que se producía este distanciamiento, se fue gestando también una segmentación dentro del propio campo cultural que pretendió, no siempre con éxito, autonomizar respecto de otros espacios –sociales, políticos y culturales– las disputas relativas a las jerarquías y a las interpretaciones históricas. Esto condujo a que una porción de los historiadores se replegara hacia los espacios cerrados de la interpretación, que pretendió anular el conflicto existente entre las certezas y convenciones del claustro, y las incertidumbres y porosidades propias del mundo. El éxito, en última instancia, dependería de la capacidad de ese cuerpo socioprofesional en formación de imponer su hegemonía tanto en el ámbito de las interpretaciones como en el de las reglas y las prácticas que regían el trabajo del historiador.

A los fines de esta investigación, creímos conveniente prestar atención a un momento previo en el que aún no habían comenzado a surgir esas distinciones y cuando la historia era un territorio que todos podían explorar; y en el que el derecho a intervenir en un debate sobre el pasado no derivaba tanto de la posesión de documentos originales sino de haber sido actor en los acontecimientos que se ponían en cuestión. Pero sobre todo, cuando aquellos hechos del pasado no habían sido aún incorporados a un relato sobre la historia nacional, sea cual fuere el sentido o los sentidos que en ese momento se le atribuyeran al concepto de nación.

Actualmente se acepta que el proceso de formación de naciones en Hispanoamérica no fue exclusivamente el resultado de prolongadas y cruentas batallas contra la dominación colonial, seguidas luego, en casi todos los casos, por aún más sangrientas guerras civiles cuyo corolario fueron los Estados nacionales tal como ahora los conocemos. Suele admitirse que el proceso de consolidación de esos Estados incluyó, en el último cuarto del siglo XIX, la elaboración de un relato sobre los orígenes de esas naciones, que cumplirían un rol fundamental en la construcción de un sentido de pertenencia a cada nación.⁶

Nuestra intención es señalar que en la Argentina, durante la segunda mitad del siglo XIX, el proceso habría sido menos lineal de lo que esa descripción presupone. En primer término, porque los procesos de construcción de un Estado relativamente centralizado y de una identidad nacional se dieron no en etapas sucesivas sino simultáneas, con sus propios ritmos, pero a la vez

⁶ Para un balance de los avances en torno a estos temas, véase Grupo “Los historiadores y el bicentenario”, *Dos siglos después. Los caminos de la Revolución. Textos para el debate*, Rosario, Prohistoria, 2010.

íntimamente relacionadas entre sí. En segundo lugar, porque la elaboración de ese relato sobre los orígenes de la nación estuvo siempre sometida a pujas que no necesariamente concluyeron en un consenso, que ha sido admitido más que demostrado. Y, por último, si dichas batallas fueron significativas es porque a lo largo del siglo XIX y parte del XX, la historia ocupó un lugar central como insumo en la elaboración de argumentos políticos y jurídicos que, entre otras funciones, servirían a los fines de legitimar no solo la existencia del Estado sino su derecho a intervenir en la sociedad.

Nos interesa destacar, sobre todo, que la elaboración de una narrativa histórica nacional se produjo en un momento muy peculiar, marcado primero por la secesión porteña de la Confederación Argentina liderada por Urquiza, y luego por las oposiciones que surgieron a ese Estado dentro y fuera de la provincia de Buenos Aires. Nuestra hipótesis es que durante esos años se elaboró un relato que originalmente combinaba los antecedentes históricos del localismo porteño con remisiones a una nación que solo podía ser imaginada como prolongación o expansión de ella. Se trató de un relato que comenzó a esbozarse en los años de la secesión, en el marco de los debates que se produjeron en Buenos Aires a partir de la decisión de la Sala de Representantes de rechazar el acuerdo de San Nicolás y de la revolución del 11 de septiembre de 1852.

3

El interés por los problemas vinculados al lenguaje, las representaciones y las relaciones entre textos y contextos, instala nuestra investigación en un campo donde confluyen, por el tipo de problemas, enfoques y perspectivas de análisis, la historia política, la historia intelectual y la historia de la historiografía. En este último caso, siempre y cuando no se entienda como la historia de los historiadores, sus obras y las instituciones en el marco de cuyas reglas y normas realizaron su trabajo.⁷ No se trata de poner en cuestión el interés sobre uno de los temas a los que legítimamente esta área disciplinar se ha dedicado privilegiadamente, desde que Ricardo Rojas y Rómulo Carbia le prestaran su atención. Pero entendemos que esas cuestiones son relevantes en la medida en que la historia disciplinar nos diga algo sobre la sociedad en la que se desarrolla. Esto nos aleja de la historia de un oficio que a lo largo del tiempo fue evolucionando mediante el perfeccionamiento de

⁷ Hemos desarrollado estas reflexiones en Eujanian, Alejandro, “La memoria, los historiadores y el pasado”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 33, 3ª serie, 2º semestre de 2010, pp. 175-180. Respecto de esta concepción amplia de la historia de la historiografía, véase Cattaruzza, Alejandro, “Por una historia de la historia”, en Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, *op. cit.*, pp. 185-216.

sus métodos y consolidando su posición relativa entre las demás ciencias. Lejos de esa preocupación socioprofesional, lo que nos interesa es la relación que una sociedad determinada, en un momento determinado de su vida histórica, establece con su pasado. Porque, como señaló en su momento Marc Bloch, creemos que la imagen verdadera o falsa que una sociedad proyecta de sí misma en el pasado –y debiéramos agregar, la imagen que proyecta de su futuro– nos dice mucho sobre la idea que tiene sobre sí misma en el presente, de sus conflictos y de las alternativas que surgen para resolverlos.⁸

Por este motivo, un tema tan debatido como el problema de la verdad en la historia –sin duda importante para cualquier reflexión sobre el estatus científico de la disciplina– es irrelevante para la historia social, intelectual y política, hasta el momento en el que una afirmación sobre el pasado da origen a una disputa. Pero precisamente en ese momento, la verdad respecto a qué fue lo que efectivamente sucedió pierde importancia frente a otras preguntas que son mucho más significativas para quien pretenda comprender a esa sociedad que, por algún motivo, consideró necesario volver a interpretar su propio pasado. Acto que hace de las representaciones elementos activos tanto en el modo en el que los hombres viven las situaciones en las que están inmersos como en el rumbo que toma la historia.⁹ Motivo por el cual no sorprende que el pasado, con mayor o menor intensidad, sea uno de los terrenos privilegiados donde se desenvuelven las disputas sociales.

Por ser este nuestro interés, no consideramos a los “grandes” historiadores ni a sus “grandes” obras como la fuente privilegiada de nuestro estudio, aunque sin duda no se podrían descartar cuando esas obras promovieron o participaron del tipo de disputas a las que hacíamos referencia anteriormente. De todos modos, en el período de estudio que abordamos, esas grandes obras que con el tiempo constituyeron interpretaciones paradigmáticas de la historia nacional e, incluso, modelos de una práctica y de representaciones de la imagen del buen historiador, todavía no habían sido escritas. No obstante, se deben considerar, por ejemplo, las primeras ediciones de la *Historia de Belgrano*, aunque, como veremos más adelante, la obra de Mitre no solo estaba lejos de ocupar el lugar que se le asignaría posteriormente sino que las diferencias con las futuras y definitivas ediciones eran notables en forma, contexto y contenido.

⁸ Texto inédito de Marc Bloch citado por Mastrogregori, Máximo, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, FCE, 1998, pp. 41-42.

⁹ De Certeau sostiene que la representación es una convención, como ya lo sabía Rousseau, que tiene un triple carácter: de poner de manifiesto una totalidad, en sí misma inasequible; de ser susceptible de un control y de tener una función operativa al ejercer cierto poder. Respecto de la representación política, señala que es una “figura real que el público adopta por no poder manifestarse directamente él mismo”. Según Julien Freund, “la representación da una existencia concreta a lo que representa, se confunde con lo que representa”. Véase De Certeau, Michel, *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, UTA, 1995, “El poder de hablar”.

Ahora bien, aquí es necesario revisar algunas interpretaciones admitidas sobre nuestro objeto de estudio y la periodización que hemos elegido. Tradicionalmente, la historia de la historiografía privilegió un relato de los orígenes de la disciplina basado en dos premisas: que existía una relación de continuidad en las obras referidas al pasado del Río de la Plata, desde los tempranos umbrales de la historia colonial hasta la actualidad, y que esa continuidad estaba jalonada por cambios provocados fundamentalmente por un perfeccionamiento de las herramientas, los procedimientos, las técnicas y las prácticas historiográficas.

El manual que Rómulo Carbia publicó en 1925 tenía esa inspiración,¹⁰ como también la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, que incluía un capítulo dedicado a la historiografía. En rigor, en más de un sentido, el libro de Carbia era una respuesta disciplinar y erudita a la monumental obra de Rojas, con la que no dejaba en ningún momento de polemizar.

Sin embargo, la tendencia a incorporar la historia de la historiografía en la historia de la literatura era legítima para gran parte del siglo XIX, porque la historia estaba incluida en el más amplio campo literario y cultural. Pero existe otro motivo que a los fines de nuestro trabajo es más importante. No había duda de que un libro como *Amalia* de José Mármol era una obra de ficción, cuyo tema era el terror en la época de Rosas, pero cuando fue publicada como folletín en la década de 1840 era inevitable que fuera leída, además, como un retrato fiel de lo que acontecía en Buenos Aires durante el gobierno del “tirano”. Incluso cuando fue reeditada en 1855, momento en que Buenos Aires estaba sumida en conflictos muy diferentes de los que originalmente dieron sentido a la novela y que, sin embargo, buscaban ser homologados.

Si trazamos un arco desde aquellos primeros trabajos de Carbia y los estudios actuales, se puede comprobar hasta qué punto se ha asentado una renovación en el campo disciplinar. Aun así, el período que analizamos sigue siendo uno de los menos explorados, a pesar de que Fabio Wasserman lo incluye en su valiosa tesis dedicada a la primera mitad del siglo XIX.¹¹ Por ello, prevalece una idea de continuidad que permite seguir viendo aquella etapa como fundadora de nuestra historiografía y, a la vez, de la interpretación canónica de la historia nacional.

Discutir estas ideas admitidas es uno de los objetivos de nuestro trabajo. Para ello, hemos creído conveniente ampliar el corpus de textos que tradicionalmente se han considerado al abordar este tipo de problemas. Para Nora Pagano y Fernando Devoto, ese vasto terreno excedería los límites de una historia de la historiografía para transformarse en una historia de la cultura

¹⁰ Carbia, Rómulo, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Coni, 1940 [1925].

¹¹ Wasserman, Fabio, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

argentina o una historia argentina *tout court*.¹² No obstante, pensamos que lo que define el campo de la historia de la historiografía no son los textos analizados sino los problemas planteados. Es cierto, por otra parte, que las dificultades para definir el corpus en los marcos disciplinares de un género siempre estuvieron en los márgenes.¹³ En cambio, no es tan claro que esos márgenes siempre hayan estado situados en el mismo lugar y dotados de los mismos atributos. En cualquier caso, esos márgenes –entre historia y literatura, historia y memorias, etc.– forman parte de los problemas tratados en el presente libro.

4

Esta investigación se encuentra ordenada en torno a un eje principal: el de los debates sobre el pasado en la formación de una élite dirigente en Buenos Aires durante la década de 1850. Ese problema central articula cada una de las tres partes en las que hemos dividido el libro y, al mismo tiempo, las pone en diálogo entre sí. En cada una de las introducciones, como en los cierres de cada apartado, pretendemos volver a una mirada de conjunto que permite reinsertar los análisis particulares en el marco de los problemas más generales.

En el primer apartado, analizamos la intención de hacer visible el consenso que existía entre las élites políticas porteñas conformadas por dirigentes que en algunos casos regresaban de la proscripción y en otros habían ocupado cargos de responsabilidad durante el gobierno de Rosas. El foco está puesto en los discursos y celebraciones de esa unidad nacida al calor de la revolución del 11 de septiembre, la construcción de una identidad política provincial pos-Caseros que tenía su origen en la Revolución de Mayo y la reinvencción de una tradición unitaria que concluía en Rivadavia como el padre de la patria. De todos modos, esa celebración de la unidad, que tuvo en Urquiza un antagonista que sirvió de aglutinador, solo parcialmente logró ocultar los conflictos que amenazaban una y otra vez con terminar con los débiles acuerdos que provisoriamente se habían alcanzado.

¹² En este punto debemos diferir con el criterio elegido por Pagano y Devoto, ya que afecta la selección de obras y autores, así como la periodización. De todos modos, el libro en cuestión ofrece un valioso balance de los avances de esta área de estudio, a la vez que es uno de los mejor logrados al elaborar una interpretación global de la historia de la historiografía argentina. Véase Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 7-8.

¹³ Sin duda el universo de Carbia es más amplio, pero sujeto a una confusa clasificación, subordinada a la idea de ubicar a la nueva escuela histórica como el resultado acabado de una evolución constante de la disciplina. Para él también cabría la crítica de Paul Groussac a Ricardo Rojas: su historia de la historiografía es más extensa que la historia nacional en la que se inscribe.

La segunda parte está organizada en torno al debate sobre Rosas, su gobierno y las responsabilidades que les cabían a sus colaboradores y a los habitantes de Buenos Aires que, antes que enfrentarlo, durante esos años acumularon prestigio y riqueza. El estudio de los juicios a los miembros de la Mazorca y los debates legislativos que se produjeron con motivo del proceso seguido contra Juan Manuel de Rosas, que concluyó en 1861 con su condena, nos sirven para evaluar las diferentes alternativas que en ese momento se barajaron para cerrar las heridas de ese pasado reciente que continuaban atravesando a la sociedad porteña.

En la tercera parte, seguimos los diversos contextos de elaboración de la tesis sobre la preexistencia de la nación, que se discutieron en la Legislatura bonaerense desde el rechazo al Acuerdo de San Nicolás, en 1852. Veremos que esa tesis tuvo diversas versiones, algunas de las cuales no eran contrarias a la afirmación de las vertientes más localistas y provincialistas de Buenos Aires; y que fue ese el contexto que sirvió a la elaboración de las primeras ediciones de la *Historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre.

En las reflexiones finales buscamos volver a enhebrar los problemas planteados para la primera década pos-Caseros. Antes que con una conclusión, nuestro estudio termina con lo que parece ser un nuevo punto de partida, al menos en lo referido a las condiciones de producción de los relatos sobre el pasado y su horizonte de expectativas.

PRIMERA PARTE

LA REVOLUCIÓN DEL 11 DE SEPTIEMBRE.
EL PASADO Y EL FUTURO DE UNA
TRADICIÓN POLÍTICA